

OLD TIM llevaba menos de una semana trabajando como vigilante nocturno del depósito de cadáveres del condado, cuando tuvo una brillante idea.

—¿Por qué? —se preguntó—. ¿Por qué no me proveo de un cincel y un mazo y examino todos los cuerpos de los pobres hombres y mujeres que se encuentran en la sección de los no reclamados, para quitarles los dientes de oro? Por supuesto, no necesitarán oro en el lugar adonde van.

Old Tim pidió prestado un cincel, robó un mazo, y por la noche, justo después de que sonó la medianoche, descendió las escaleras hasta donde reposaban los cuerpos, sacó media docena de cadáveres no reclamados, los descubrió uno por uno y los despojó de su oro. El golpeteo tranquilo de su mazo resonaba, haciendo eco en la galería, y cuando sonaron las ocho de la mañana y el conserje llegó para ocupar su puesto, Oíd Tim le dio los buenos días y salió por la puerta principal, con casi doscientos cincuenta gramos de oro en el bolsillo.

Henderson, el jefe del depósito, descubrió pronto que algunos de los cuerpos que tenía a su cargo comenzaban a mostrar un número sorprendente de agujeros en la dentadura y discutió el caso con Phil Bailey, su cuñado.

—No lo entiendo —comentó Henderson—. Es posible que algunos de los cuerpos que identificamos pierdan algún empaste en alguna parte; pero esta mañana examiné al juez Appleby y todos los empastes de oro que tenía habían desaparecido.

—Será mejor que vigiles a tu nuevo guarda nocturno —le aconsejó Bailey.

Aquella noche, Oíd Tim, impelido por su éxito inicial como minero de molares a la luz de la luna, se puso a trabajar con el mazo y el cincel en la mano. En un tiempo verdaderamente corto, se había convertido en un experto en el arte de extraer los empastes; le bastaban dos o tres golpes bien situados para soltar los depósitos de oro. Abrió un cajón, apartó el lienzo que cubría el rostro de su “víctima”, hizo que se abriera la boca, pacientemente, y comenzó a inspeccionar la dentadura a la luz de su lámpara de bolsillo. Vio una pieza valiosa, agarró su mazo y su cincel y se disponía a comenzar a golpear, cuando los ojos de su víctima se abrieron por completo; el hombre se incorporó y extendiendo las manos, agarró a Oíd Tim por la garganta.

—Robando a un cadáver, ¿eh?

Oíd Tim se liberó de un tirón, arrojó su mazo y su cincel y echó a correr. Subió las

escaleras, salió del edificio y continuó corriendo por la calle. Atravesó la ciudad a toda velocidad, llegó a la estación del ferrocarril, saltó a un convoy de mercancías y fue descubierto y desalojado por un guardafrenos a seiscientos cincuenta kilómetros de allí, aproximadamente, en Omaha, Nebraska.

—Necesitaré otro vigilante nocturno —le dijo Henderson a Bailey, que había interpretado el papel del cadáver.

—Contrata a alguien que tenga artritis, alguien que no pueda manejar un mazo y un cincel —replicó Bailey—. ¡Este tipo es el sexto consecutivo que trata de aprovecharse de nuestro negocio!